

¿Juegan los genes algún papel en la guerra de género?

Ana Álvarez- Acevedo Martínez¹

Resumen

El asunto de las diferencias entre los hombres y las mujeres tiene una gran importancia en nuestras sociedades. Las nuevas teorías sociológicas apuestan por una explicación naturalista de dichas diferencias y ello va a traer consigo una serie de consecuencias prácticas, como algunas controversias con autoras feministas o ciertos posicionamientos ante determinadas medidas como, por ejemplo, las leyes de paridad dentro del mundo laboral. Este breve artículo será una exposición meramente descriptiva de estos puntos de vista.

Abstract

The matter of the differences between man and women is of great importance in our societies. New sociological theories take a naturalist stance of the said differences which brings with it a series of practical consequences such as some controversies concerning feminist writers or certain attitudes in the face of certain measures such as the laws of equality in the labour market. This brief article will be a mere descriptive account of these points of views.

¹ Nacida en León en mayo de 1988. Estudió el Bachillerato de Ciencias de la Salud en el IES Padre Isla de la misma ciudad. Licenciada en Filosofía por la Universidad de Oviedo en 2011, actualmente está cursando el *Master Universitario de Profesorado de Enseñanza Secundaria, Bachillerato y Formación Profesional* en la misma Universidad de Oviedo.

¿Juegan los genes algún papel en la guerra de género?

Ana Álvarez- Acevedo Martínez²

I.- Introducción

Hace unos meses iba caminando por el Fnac echando un vistazo a los diferentes libros distribuidos por las estanterías. Al pasar por la sección de psicología una serie de libritos llamaron mi atención. Se trataba de pequeños escritos de Allan y Barbara Pease. En ellos, el matrimonio australiano parece recurrir a investigaciones científicas para recalcar la diferencia entre los hombres y las mujeres. Sin embargo, no fue el contenido lo que llamó mi atención, sino los títulos de los libros, tales como: *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas*, *Por qué los hombres no se enteran y las mujeres necesitan siempre más zapatos* o *Por qué los hombres quieren sexo y las mujeres necesitan amor*.

Estos títulos no son más que una muestra de la generalidad con la que se tratan estos temas. Ambos sexos son vistos como radicalmente opuestos y hay una tendencia a atribuir ciertos adjetivos a uno y a otro. Por ejemplo, cuando hablamos de agresividad, fuerza, dominación, competitividad, promiscuidad, descaro, valor o temeridad tendemos a atribuir estas características a los hombres y, en cambio, la belleza, la intuición, la delicadeza, el recato, la vulnerabilidad, el sentimentalismo o la debilidad parece que cuadran mejor con el prototipo femenino.

Son numerosos los tópicos que abarcan la diferenciación de género, y no se reducen al ámbito del carácter, sino que también se pueden asociar a otros ámbitos de la vida cotidiana: oficios, hobbies, vestimenta, conductas sexuales... Estamos cansados de ver la típica imagen del hombre celebrando un gol frente a la mujer celebrando las rebajas, el niño jugando con un camión y la niña con una muñeca. Parece que oficios como minero, mecánico pero también científico o empresario son asociados más a los hombres y empleos como secretaria, enfermera o maestra se asocian al género femenino. Tendemos a pensar que las mujeres trabajan mejor con personas y los hombres con cosas. Al hombre le asociamos el gusto por el deporte, los coches, la electrónica...y a la mujer el gusto por la moda, los encuentros sociales, la decoración...

En nuestra cultura están incrustados numerosos tópicos en torno al asunto de los hombres y las mujeres y sus diferencias, ahora bien, ¿son meros tópicos o tienen una base real? Nadie puede negar que algunas diferencias estén presentes, pero ¿son naturales o son una construcción social? ¿Dónde debemos buscar a la hora de preguntarnos por su génesis, en la naturaleza o en la cultura?

A lo largo del siglo pasado, y sobre todo con la influencia de los puntos de vista feministas, parece que quedaba superada la idea religiosa de que la diferenciación entre los dos sexos era una cosa natural y que el rol

² Nacida en León en mayo de 1988. Estudió el Bachillerato de Ciencias de la Salud en el IES Padre Isla de la misma ciudad. Licenciada en Filosofía por la Universidad de Oviedo en 2011, actualmente está cursando el *Master Universitario de Profesorado de Enseñanza Secundaria, Bachillerato y Formación Profesional* en la misma Universidad de Oviedo.

social de ambos era el que les correspondía dadas sus características innatas. Los tópicos que he señalado en los párrafos anteriores son explicados desde un punto de vista cultural. A lo largo de los siglos nuestra cultura y nuestras costumbres han determinado nuestra manera de actuar y nuestra manera de vernos a nosotros mismos. Las mujeres no nacen con una tendencia hacia la moda o los hombres hacia la electrónica, dichos clichés no son más que una construcción social arraigada en nuestra cultura.

Sin embargo, hace unos años han surgido una serie de teorías que apuestan por una interpretación naturalista. Agotada ya la explicación religiosa de la naturaleza humana, sostienen que las diferencias biológicas entre ambos sexos determinan las diferencias de pensamiento y acción. Estas diferentes teorías se engloban bajo una nueva disciplina que está dando mucho que hablar: la sociobiología.

Numerosos autores ven en la sociobiología una nueva ciencia capaz de dar explicación empírica a las diferencias entre hombres y mujeres mientras que otros piensan que más que un avance se trata de una regresión, una excusa para que los roles de género permanezcan siempre presentes en nuestras sociedades.

Mi propósito en este escrito, lejos de cualquier tipo de posicionamiento por mi parte, es hacer una breve exposición de la teoría sociobiológica enfocada hacia el asunto del género y afrontar un caso práctico desde esta visión. Para ello, tendré que comenzar haciendo una descripción biológica básica de la diferenciación sexual.

II.- Biología.

El sustrato material que asegura la continuidad de los ciclos vitales está formado por las células germinales. La línea germinal es la que conecta los ciclos vitales y lo hace a través de la reproducción. La reproducción puede ser sexual o asexual. En el caso del ser humano la reproducción es sexual.

Hay tres tipos de reproducción sexual: la bisexual (entre dos individuos, cada uno con un tipo diferente de gametos), el hermafroditismo (un individuo produce dos tipos diferentes de gametos, y la reproducción puede darse mediante la autofecundación o mediante el cruce, que requiere dos individuos) y la partenogénesis (es monogamética). El ser humano y el resto de mamíferos se reproducen bisexualmente, lo cuál requiere dos parentales con dos tipos de gametos diferenciados que requieren a su vez órganos genitales diferenciales.

Estamos pues, trazando las líneas generales de lo que empieza a ser una diferenciación sexual entre individuos de la misma especie. Existen dos vías de diferenciación sexual: la dependiente de factores ambientales y la cromosómica.

Un ejemplo del primer caso serían los reptiles en los que la diferenciación sexual va a depender de la

temperatura. En las tortugas, los huevos desarrollados por debajo de los 28°C van a dar lugar a machos y prácticamente todos los desarrollados por encima de esta temperatura van a dar lugar a hembras. Esto implica que los factores ambientales (por ejemplo los cambios climáticos) van a afectar mucho a este tipo de especies.

La diferenciación sexual cromosómica va a darse debido a que la fecundación se produce por la combinación de cromosomas sexuales. En el caso de los mamíferos, como bien sabemos, los cromosomas sexuales de las hembras son: XX y los de los machos son: XY.

Esta pasa por tres fases: la determinación (que es la decisión de cómo se pone en marcha un macho o una hembra, ocurre en el momento de la fecundación cuando se combinan los elementos X e Y), la diferenciación sexual primaria o gonadal (en la que hay una gónada primitiva no diferenciada que va a formar los conductos del testículo o las células del óvulo) y por último la diferenciación sexual secundaria o fenotípica, que es dependiente de las hormonas. Puede ocurrir, por tanto, que la determinación sexual fenotípica no se corresponda con la genotípica. Esto ocurre en los denominados intersexos. Hay individuos cuya composición genética es una (por ejemplo, un individuo con los cromosomas XX) pero en ella se han entrecruzado ciertos genes que hacen que se segreguen hormonas responsables de que el individuo se desarrolle por la vía contraria (en este caso, que desarrolle testículos, barba...).

Por lo tanto, la diferenciación de sexos es más compleja de lo que cabe esperar. Las hormonas juegan un gran papel, y estas no solo influyen en la fisiología de un organismo sino que también influyen en su comportamiento.

Podemos decir, por tanto, que la biología establece unos límites claros entre el sexo masculino y el femenino (salvo en casos fronterizos, como los intersexos, que son muy poco frecuentes). Las hembras cuentan con dos cromosomas X, mientras que el genotipo masculino es: XY.

El aparato reproductor de ambos es radicalmente diferente. Las gónadas femeninas (ovarios) producen los óvulos. Los óvulos son las células más voluminosas del cuerpo humano y son las portadoras de la información genética. Se forman de manera periódica en un proceso llamado ovulación, que es una de las fases del ciclo menstrual. En el ser humano este ciclo dura aproximadamente veintiocho días y la ovulación tiene lugar hacia el día catorce. Los pocos días próximos a la ovulación constituyen la fase fértil de la mujer. En cada ovulación solamente se libera un óvulo. Una mujer puede esperar producir aproximadamente unos 400 óvulos a lo largo de su vida, de los cuáles un máximo de 20 pueden convertirse en vida.

Sin embargo, las gónadas masculinas (los testículos) producen espermatozoides, que también son portadores de información genética. Su tamaño es ínfimo en comparación con el de los óvulos (el óvulo humano es

ochenta y cinco mil veces más grande que el espermatozoide humano), En el caso de los seres hombres, el volumen promedio de semen de una eyaculación es de 1,5 a 5 ml y la densidad normal de los espermatozoides en el semen varía de 50 a 150 millones por ml, por lo que cada eyaculación contiene entre 75 y 750 millones de espermatozoides. Son los espermatozoides los que fecundan al óvulo para dar lugar al cigoto, y es la mujer la que gesta en su interior al embrión hasta que da a luz y la que ha de amamantarlo posteriormente, lo cuál trae consigo infinidad de consecuencias, su cuerpo dispone de mecanismos para llevar a cabo estas funciones, mecanismos que con los que el hombre no cuenta.

Como hemos visto, anatómica y fisiológicamente el cuerpo del hombre es muy diferente al de la mujer. Pero, ¿estas diferencias biológicas afectan a las conductas psicológicas y sociales de los individuos? ¿La forma del cuerpo humano determina su pensamiento y su acción? Según la sociobiología las respuestas son afirmativas.

III.- Sociobiología.

La sociobiología es una disciplina que da una explicación natural al comportamiento humano. Para entender este punto de vista hay que tener en cuenta ciertos presupuestos. Desde la sociobiología, los seres humanos somos seres moldeados por la selección natural. Durante 90% de nuestra historia evolutiva, hemos vivido organizados en bandas de cazadores-recolectores, luego, la selección natural ha actuado sobre la especie favoreciendo la supervivencia de sus individuos bajo estas condiciones. Lo que podríamos denominar “historia cultural” del ser humano ha trastocado de manera radical el medio bajo el cual este habita, pero dados los propios mecanismos de la evolución no se puede hablar de “evolución cultural”. Nuestras disposiciones genéticas responden a la adaptación a un medio distinto del que vivimos, pero ello no hace que estas disposiciones genéticas desaparezcan. Estos principios son aplicables y aplicados al tema de este artículo.

Pues bien, en todas las sociedades hay una fuerte diferenciación entre lo masculino y lo femenino y esto es innegable. *Ignorar el género sería ignorar una parte de la condición humana* (Steven Pinker, 2003), las diferencias entre hombres y mujeres afectan a todos los aspectos de nuestra vida. Pero, ¿por qué se dan estas diferencias? Por lo general, la respuesta a esta pregunta no proviene de ninguna instancia cultural, aunque lo que sí que es cultural son las manifestaciones de estas diferencias en las distintas sociedades y las distintas épocas (por ejemplo, la forma de peinarse o la forma de vestir). Sin embargo, en la base de estas manifestaciones culturales, hay diferencias biológicas que la genética y la teoría de la evolución sí pueden explicar.

La especialización sexual es el fundamento biológico de la diferencia. Las consecuencias del diformismo gamético se extienden a toda la biología y a toda la psicología. Como hemos visto en el apartado anterior, un óvulo es grande y costoso, es algo preciado, una inversión a proteger por parte de la mujer. Sin embargo los espermatozoides son pequeños y baratos, la inversión es mínima. Esto trae consigo consecuencias inmediatas.

El macho puede permitirse derrochar sus espermatozoides. El macho puede inseminar a varias hembras solamente si impide que otros machos lo hagan. Por tanto, los machos compiten entre ellos. La estrategia es diferente en el caso de las hembras. Estas protegen celosamente su gran inversión. Dado que cada óvulo puede ser inseminado solo una vez, va a ser un solo macho el que lo consiga, por lo que la hembra no compite sino que elige. Este conflicto de intereses entre los sexos es una propiedad de la mayoría de las especies animales. Debido a que las presiones adaptativas en ambos casos son diferentes, su evolución es diferente.

Estas diferencias biológicas tienen otras consecuencias. En casi todos los mamíferos en general y sobretodo en casi todos los primates, la gestación y la cría son casi exclusivas de las hembras, hecho que es totalmente comprensible si tenemos en cuenta que un macho nunca puede estar seguro de que la cría sea descendiente suyo y dado que el desarrollo del feto se produce en el interior de la madre y a costa de su organismo. El macho poco puede hacer al respecto. Además, un macho siempre puede abandonar a la cría o a la hembra mientras que esta no puede abandonar al feto mientras está en su interior.

Sin embargo, en los casos en los que la prole sea vulnerable sin la presencia del padre y que exista la posibilidad de aprovisionar a la prole con alimentos concentrados se produce un cambio de las reglas, puesto que las hembras no se limitarán a elegir al macho sino que también competirán por el que esté dispuesto a una mayor cooperación o a suministrarle mayores recursos.

El cambio de reglas afecta también al macho, cuyos celos no se dirigen solo a los otros machos sino también a las hembras. Este tiene que asegurarse de no invertir en una prole que no sea la suya, por lo que estrategias como la actividad sexual constante, el acoso, la persecución, la vigilancia... se convierten en efectivas. Cualquier gen que predispusiera a un macho a ser burlado o a una hembra a recibir menos ayuda por su parte hubiera sido eliminado rápidamente, sin embargo, cualquier gen que hubiera permitido dejar a más hembras embarazadas por parte del macho sería dominante.

En el caso de los seres humanos ocurre lo mismo. Somos mamíferos y la inversión de la mujer (óvulo) siempre es mucho mayor que la del hombre (espermatozoide), además las crías humanas requieren numerosos cuidados por lo que es latente la importancia de la ayuda del padre a la hora de la cría de sus hijos.

Una vez desarrollada esta teoría, volvamos a los tópicos mencionados en la introducción. Desde este nuevo punto de vista, podemos cuestionarnos lo siguiente: ¿se puede dar una explicación natural a dichas características atribuibles a los diferentes sexos o por el contrario son solo clichés culturales? Como ejemplo ilustrativo mentaré alguno de ellos:

- La agresividad masculina: Un macho puede aparearse con muchas hembras evitando que otros lo hagan,

por ello los machos tienen que competir. Los más fuertes y agresivos se reproducirán más, transmitiendo sus genes rápidamente. Las hembras son las portadoras de la mayor inversión, estas no han de competir en tal medida. Las más agresivas no se aparearán más que las menos agresivas. La agresividad no pertenecerá privilegiadamente al género femenino.

- La promiscuidad: La estrategia de un macho para aumentar su descendencia es procrear tanto como pueda al tiempo que cuida al menos de parte de su prole aumentando sus posibilidades de sobrevivir. La promiscuidad masculina es favorecida por la selección natural. Las hembras no aumentan su prole por aumentar su número de relaciones sexuales. Una hembra siempre contará con pretendientes, de los que solo uno inseminará su óvulo, luego la selección natural no favorecerá la promiscuidad de las hembras, sino su selectividad, la justa valoración de sus pretendientes.

- La dominación: Los machos humanos participan del cuidado de los hijos. Por tanto, genéticamente han desarrollado mecanismos para no ser burlados, para no invertir en otra progenie que la suya: preocupación por las actividades de la hembra, por su localización, por su actitud frente a otros machos. Puesto que los machos invierten, las hembras compiten por los mejores machos (pero en mucha menor medida). Por ello las hembras serán también celosas, pero de otro modo: la razón no es evitar la procreación del macho con otras hembras, sino que este dedique sus esfuerzos a proteger otra prole diferente.

Esta visión de las diferencias de género incomoda a mucha gente dado que vuelve a apelar a la naturaleza para explicar las diferencias de género. El género femenino ha sufrido a lo largo de los años cierta dominación que ha sido justificada precisamente por la disposición natural de cada uno. Los hombres son más aptos por naturaleza para realizar ciertas actividades (por ejemplo las deportivas) mientras que las mujeres por naturaleza son más aptas para otro tipo de tareas (por ejemplo las domésticas). Sin embargo, los datos aportados por la sociología son meramente informativos. En un principio, esta disciplina no entra en las implicaciones morales que dichos datos puedan tener. El que alguien tenga cierta tendencia agresiva no justifica las conductas agresivas.

Además, hay que decir, llegados a este punto, que la posibilidad de que los hombres y las mujeres sean psicológicamente distintos no implica que unos u otros deban ser discriminados por ello. Diferencia no implica desigualdad.

La neurociencia, la genética, la psicología y la etnografía documentan unas diferencias de sexo que casi con toda seguridad tienen su origen en la biología humana, pero estas diferencias no tienen por qué desembocar en diferencias ético-políticas. Es más, la igualdad ético-política no solo no está reñida con lo dicho sino que puede hallar su sustento en ello (como veremos en el ejemplo práctico).

IV.- ¿Sociobiología versus feminismo?

Es de saber, que hasta aproximadamente los años sesenta³, el estatus de la mujer en nuestras sociedades dejaba mucho que desear. Sus disposiciones sociales eran limitadas puesto que se las consideraba como subordinadas a los hombres. Las mujeres eran vistas como madres y amas de casa y estaban sometidas a la discriminación por parte del sexo opuesto. Su liberación ha sido uno de los mayores logros del siglo pasado. Dicho logro puede atribuirse a la ideología que se respiraba a principios de siglo, ideología que condujo a la abolición de la esclavitud, las luchas en contra del racismo... Las minorías sociales empezaban a tener voz, y una de estas eran las mujeres. Además, los avances tecnológicos permitieron que la cría de los hijos no fuera de dedicación exclusiva para sus madres, estas empezaron a contar con ciertas comodidades las cuáles permitieron que la división de trabajos entre el hombre y la mujer a la hora de cuidar y educar a los hijos no fuera tan tajante. Pero, sin lugar a dudas, el feminismo es la principal causa de la liberación y progreso de las mujeres.

La primera ola de feminismo surgió a mediados del siglo XIX y duró hasta los años veinte del siglo pasado, cuando las mujeres consiguieron en EEUU el derecho a voto. Sin embargo, fue la segunda ola, la que floreció en los años sesenta, la que desveló la discriminación sexista en las empresas, el trabajo y otras instituciones. Uno de sus mayores méritos, fue sacar a la luz problemas que parecían de ámbito privado (como la división del trabajo del hogar o la violencia de género) y convertirlos en problemas de carácter público.

Parece que las visiones feministas son radicalmente opuestas a los principios de la sociobiología. ¿Por qué todos los hombres nacen libres y todas las mujeres nacen esclavas? La explicación de la mayoría de las feministas es de corte marxista o posmoderno. La superioridad masculina es solo una adquisición cultural que hemos de desechar, y solo así la mujer podrá emanciparse. Hasta que no dejemos de dar a nuestras niñas muñecas o cocinitas para que jueguen, estas no se darán cuenta de que son igual de capaces que los hombres para realizar cualquier actividad y no tienen por qué dedicarse exclusivamente a las labores domésticas.

Se cree que el feminismo se opone a las ciencias de la naturaleza humana. Hay quien sostiene que las creencias que sostienen numerosos científicos acerca de que el cerebro de los hombres y las mujeres difieren desde el momento en el que nacen, se han utilizado durante mucho tiempo para justificar el trato desigual hacia las mujeres. Esta idea está muy extendida, sin embargo, hay que hacer un par de aclaraciones al respecto.

En primer lugar, el feminismo es un movimiento que, lejos de ser una ideología homogénea, engloba un conjunto de corrientes muy diversas, por lo que es más correcto hablar de “feminismos” que de “feminismo”.

³ Por supuesto la época varía mucho dependiendo de las diferentes sociedades. Los sesenta son remarcables por el surgimiento de los movimientos feministas en EEUU que se extendieron al resto de Occidente.

La filósofa Christina Hoff Sommers hace una distinción entre dos escuelas de feminismo que en el caso que nos compete resulta muy útil, y que Peter Singer no duda en reseñar para ilustrar contra qué tipo de feminismo irían las teorías sociobiológicas.

Pues bien, se puede hablar de *feminismo de la igualdad* que es el que combate las injusticias ligadas a la discriminación entre sexos. Dicho feminismo fue el que guió la primera ola y lanzó la segunda. Este tipo de feminismo se situaría en el ámbito de la moral y, sin meterse en cuestiones empíricas relacionadas con la psicología o con la biología, defiende una igualdad de trato y de derechos para los hombres y las mujeres.

En cambio, es el llamado *feminismo de género* el que es más notorio y conocido, Aboga por las explicaciones de corte cultural para criticar la dominación que ejercen los hombres sobre el género femenino, los bebés se transforman después de su nacimiento en las personalidades de género de macho y hembra, una de las cuales va a esclavizar a la otra. Las diferencias entre hombres y mujeres, desde este punto de vista, no tienen nada que ver con la biología sino que son construcciones sociales. Además, la única motivación social del ser humano es el poder y la sociedad solo puede ser entendida en estos términos. Este juego de poder no se da a escala individual sino que se da entre grupos sociales, así, en este caso, es el grupo masculino el que ejerce el poder sobre el grupo femenino,

Claramente se puede ver a qué tipo de autoras irritan las nuevas teorías naturalistas como las de Pinker. Ello no implica que la sociobiología sea contradictoria con el feminismo o apoye la discriminación entre sexos puesto que, ni el feminismo de género representa a toda la corriente feminista, ni mucho menos representa a todas las mujeres.

Donna J. Haraway es un claro ejemplo de feminismo de género. La autora sostiene que la ciencia se ocupa del conocimiento y del poder. Para ella, hoy en día, la ciencia natural define el lugar del ser humano en la naturaleza. Las ciencias naturales, al construir una idea de naturaleza, ponen límites a la historia y a la formación personal. La sociobiología, en este caso, es la ciencia de la reproducción capitalista por excelencia. Con E. O. Wilson (autor al que se considera padre de la sociobiología), la biología ha pasado de ser una ciencia de organismos sexuales a ser una ciencia de ensamblajes genéticos reproductores según Haraway. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la psicología evolutiva se centraba en la idea de evolución ignorando la idea de las poblaciones, se utilizaba la genética para dar cuenta de las capacidades individuales. Sin embargo, la revolución de las comunicaciones posteriores cambió la estrategia del control desde el organismo al sistema, del individuo al grupo social. Y la mejor manera de ejercer esa dominación es mediante el concepto de selección natural, El grupo no actúa como un superorganismo, análogo a un individuo, sino que el cálculo genético de la sociobiología se refiere a la estrategia de maximización de genes y las combinaciones de estos. El gen se convierte en una suerte de nómeno para estos autores. Los genes son máquinas de conducta. El sexismo aparece en la racionalización de los papeles

sexuales, que es algo que está predispuesto genéticamente.

Hay una clara colisión entre este feminismo y la ciencia. Hay autores afines a la sociobiología que sostienen que precisamente este tipo de conclusiones hacen que un gran número de mujeres no se consideren feministas. Pero, ¿por qué se tiene tanto miedo a afirmar que las mentes de los hombres y de las mujeres no son iguales? El temor apunta realmente a que la diferencia implique desigualdad. Pero esto desde una perspectiva genética es insostenible porque, en realidad, estar en el cuerpo del macho o estar en el de la hembra son ambas buenas estrategias, ambos cuerpos son diseños biológicos igualmente aptos y con la misma eficacia para la supervivencia. El macho tiene las mejores adaptaciones para tratar los problemas del macho y la hembra para tratar los de la hembra. Además, muchos de los rasgos psicológicos que son relevantes para el ámbito público (como pueden ser la inteligencia) son iguales en términos medios para los hombres y para las mujeres. Ideas como las de “papel adecuado” o “lugar natural” dentro de la sociedad no tienen sentido científico, como muchas feministas de la diferencia creen, y no pueden servir como razón para restringir la libertad de ninguno de los sexos.

Como ya he señalado anteriormente, esta visión no implica que no haya diferencias de sexo que no tengan que ver con la biología, pero no todas estas diferencias son atribuibles a construcciones sociales. Los sociobiólogos dan una serie de argumentos basados en observaciones empíricas que refutan la idea de que la diferenciación sexual es una característica arbitraria de nuestra cultura. Enumeraré algunos de ellos:

- En primer lugar, en todas las culturas (y no solo en la occidental) se considera que hombres y mujeres tienen naturalezas distintas, y en todas hay una división del trabajo en función del sexo.
- Además, las diferencias psicológicas entre ambos sexos son las que supondría un psicólogo evolutivo si solo conociera la anatomía y la fisiología. Las diferencias físicas, en el reino animal, en mayor o menor medida, marcan una serie de diferencias en el modo de actuación (como he señalado en el punto III.). Muchas de estas diferencias se encuentran en otros primates y mamíferos, no son exclusivas del ser humano.
- Genetistas han descubierto que la diversidad del ADN en la mitocondria de las diferentes personas (que ambos sexos heredan de la madre) es mucho mayor que la diversidad de ADN en los cromosomas Y (que los hombres heredan del padre) lo cual indica que durante muchos años los hombres tuvieron una mayor variación en su éxito reproductor que las mujeres. Algunos hombres tenían muchos descendientes y otros ninguno. Estas son las condiciones que causan la selección sexual, en la que los hombres compiten por oportunidades para aparearse mientras las hembras eligen a los de mejor calidad.
- Uno de los mecanismos del cuerpo humano causa que los cerebros de los niños y de las niñas se separen

durante el desarrollo. *Las hormonas son los catalizadores que dan el pistoletazo de salida a las diferencias de género dinámicas* (Susan Pinker, 2008). El cromosoma Y va a segregar una serie de hormonas característicamente masculinas (andrógenos) que influirán a lo largo de la vida del chico al igual que van a influir las femeninas (estrógenos) en la vida de las chicas. Las hormonas son muy importantes, la variación del nivel de testosterona en los hombres guarda relación con la libido, la autoconfianza y el sentimiento de dominación. El estado psicológico de la persona puede afectar a los niveles de testosterona y viceversa y parece que esta relación es causal (por ejemplo, a las mujeres que quieren realizarse un cambio de sexo, cuando se les suministra testosterona, mejoran en tests de rotación mental y empeoran en los de fluidez mental). Los andrógenos tienen efectos permanentes en el cerebro en desarrollo, pero solo pasajeros en el cerebro del adulto. En el caso femenino, la fuerza y la debilidad cognitivas de las mujeres varían según la fase de su ciclo menstrual.

- Si tomáramos un bebé varón y le hiciéramos un cambio de sexo haciendo que sus padres le educaran como si fuera una chica, la balanza favorecería a la explicación social si el niño tuviera la mente de una niña normal y se decantaría por la explicación biológica si el niño se sintiera atrapado en un cuerpo que no le corresponde. Pues bien, este experimento se ha realizado en la vida real con niños que nacieron sin pene y recibieron una educación orientada al género femenino. Todos los niños mostraron tener actitudes e intereses típicamente masculinos.

- Las personas afectadas por el síndrome de Turner (un caso de intersexo) tienen solo un cromosoma X. Estas personas actúan como mujeres y parecen mujeres dado que el plano corporal por defecto entre los mamíferos es el femenino. Las mujeres con este síndrome difieren psicológicamente en función de si recibieron el cromosoma X de la madre o del padre.

- Por último, cabe decir que hoy en día en numerosas sociedades avanzadas, la educación y el trato que reciben los niños y las niñas por parte de sus padres no es diferente y sin embargo las diferencias entre los sexos existen. Tampoco se puede pensar que estas diferencias provienen de que observen la “masculinidad” en las conductas de los padres y la “feminidad” en la de las madres (existen parejas de homosexuales criando a niños que actúan como el resto).

Debido a este tipo de observaciones, parece ilícito pensar que la única diferencia entre chicos y chicas se encuentra en sus genitales y que, por lo demás, son idénticos. Muchas diferencias de sexo pueden tener raíz biológica, pero esto no implica la superioridad de un sexo sobre otro, o que las diferencias se produzcan en todas las personas y en todas las circunstancias, puesto que existen grandes disparidades entre los sujetos individuales. No está justificada la discriminación de una persona basada en el sexo ni que esta se vea obligada a hacer las cosas típicas de su sexo.

Sin embargo, sería muy ingenuo que estos desajustes no tengan consecuencias. En el siguiente apartado se verá como este asunto está inmiscuido en nuestras prácticas sociales. El ejemplo práctico es el de las políticas de paridad de género relacionadas con la diferenciación sexual en el terreno laboral.

V.- El mundo laboral y el género.

Unas de las principales injusticias a las que se enfrentan las mujeres hoy en día es a la brecha de género en los salarios y a lo que se denomina “techo de cristal” que impide que las mujeres asciendan a puestos de poder en sus trabajos. Un hecho destacable es que, pese a que las chicas conforman más de la mitad de los alumnos universitarios (y más o menos la mitad de los alumnos especializados en ciencia), es difícil ver a una mujer en un alto cargo y estas son menos del 20% de la población activa en el campo de la ciencia. Se puede decir que la diversidad en el mundo laboral no es un hecho dentro de nuestras sociedades. La visión general acerca del asunto apunta a que todo desajuste estadístico del número de hombres y de mujeres en el trabajo o en sus ingresos apunta a un prejuicio de género.

Numerosas medidas políticas y económicas se han desarrollado en esta dirección, bajo el supuesto de que la única manera de paliar este desequilibrio es mediante la garantía de que en todo trabajo y en todo campo la división entre hombres y mujeres sea “mitad y mitad”. Así se justificaría paridad de género como medida de justicia social.

Sin embargo, hay un problema en este tipo de análisis y es que la desigualdad en el resultado no se puede aducir como prueba de la desigualdad de oportunidades, al menos que los grupos que se comparen sean idénticos en todos sus aspectos psicológicos, pero ya hemos visto que esto no es así. Hay una interpretación acerca de por qué se produce la brecha de género que es más acorde a la verdadera naturaleza humana y que defiende en todo momento el trato justo hacia las mujeres y la igualdad de oportunidades proponiendo remedios más efectivos para la desigualdad de género en el trabajo.

La cuestión a tratar en este punto no es si las mujeres están más o menos cualificadas para ser científicas o ocupar grandes cargos en empresas, puesto que la respuesta va a ser que unas sí y otras no, La cuestión a tratar es si las proporciones de hombres y mujeres cualificados han de ser o no idénticas.

Dadas las pruebas (algunas biológicas, otras culturales y otras mixtas) de las diferencias de género no es de extrañar que la distribución de virtudes y defectos (dominio del lenguaje, ansia de superación, competitividad, estrés...) entre hombres y mujeres no sea idéntico. Así, si asociamos la distribución de rasgos de cada persona con la distribución de demandas de empleo, es casi imposible que el porcentaje de hombres y de mujeres en cada

profesión sea idéntico. Si una sociedad, como las sociedades en las que vivimos, ofrece más trabajos de alta remuneración que requieren virtudes típicamente masculinas, es posible que los hombres se vean beneficiados por ello. Hoy en día la brecha favorece a los hombres. Esto no implica que no haya ambos sexos en todos los tipos de trabajo pero las cantidades serán diferentes. No todas las diferencias de sexo en las profesiones están causadas por barreras discriminatorias.

En muchas profesiones, las diferencias de habilidad pueden desempeñar cierto papel. Las mujeres tienen más habilidades sociales y comunicativas que los hombres y también saben calcular mejor el impacto que tienen sus palabras y sus acciones sobre los demás. Los hombres, en cambio, tienen mayores habilidades a la hora de manipular mentalmente objetos tridimensionales. Esto basta para dar cuenta de que no haya un 50% de representantes de ambos sexos en cada tipo de trabajo.

Otro factor que puede situar a los sexos en trayectorias laborales distintas es sin duda las preferencias de cada uno. Susan Pinker, psicóloga evolutiva, analizó a pacientes con problemas en su infancia que luego resultaron ser personas con una carrera exitosa. La autora destaca las diferencias de género en su estudio. A través de historias de mujeres y hombres reales, llegó a la conclusión de que en la infancia hay una diferencia entre las capacidades de los niños y de las niñas, académicamente hablando, y esta diferencia es favorable para el género femenino, No obstante, la diferencia se invierte si nos fijamos en los resultados posteriores a la hora de ocupar puestos de trabajo de alta remuneración y de alto poder. Se dio cuenta de que muchas mujeres escogen profesiones en las que la experiencia (la interacción, la enseñanza, el apoyo psicológico) es un fin en sí misma. Acaban ganando menos que los hombres y escogen trabajos que les permiten combinar la carrera profesional con la vida familiar. Al tomar estas decisiones, las mujeres parecen otorgar menos peso al valor de mercado de sus elecciones y más a otros factores, como la flexibilidad, la satisfacción laboral o la diversión. Como promedio, los hombres dan más importancia a su estatus, su salario y su riqueza y están dispuestos a trabajar más horas y sacrificar otras partes de su vida.

Las madres, por ejemplo, están más unidas a sus hijos que los padres. Así ocurre en todas las sociedades del mundo y así puede decirse que ha ocurrido desde que se desarrollaron los primeros mamíferos. De este modo, aunque los dos sexos valoran el trabajo y valoran a los hijos, el diferente peso que le dan al valor puede llevar a las mujeres, más a menudo que a los hombres, a tomar decisiones profesionales que les permitan estar más tiempo con sus hijos.

Por tanto, la igualdad de oportunidades para los hombres y las mujeres no tiene por qué conducir a un resultado matemáticamente idéntico a la hora de desempeñar ciertos trabajos. La proporción de géneros al 50% no existe en ningún sitio. En general, las economías más ricas suelen presentar mayores diferencias entre las disciplinas que escogen las mujeres y las que escogen los hombres. Las políticas que garantizan la igualdad de oportunidades, uno de los principios básicos de la democracia, no garantizan la igualdad de resultados.

Esto no implica que la discriminación sexual haya desaparecido ni mucho menos que esta esté justificada, lo que ocurre es que las brechas de género en sí mismas nada dicen acerca de ella.

Las políticas de paridad cuyo objetivo es la igualdad de resultados tienen ciertas ventajas, como que pueden ser capaces de neutralizar la discriminación que aún existe contra las mujeres, pero tienen también ciertos costes. Uno de los costes más importantes es la ineficacia, puesto que esta se puede derivar del hecho de que las decisiones de empleo no se basan en el ajuste entre las exigencias de un trabajo y los rasgos de la persona sino que se basan en otros factores (el sexo). Lo paradójico del asunto es que ciertos de estos costes son perjudiciales para las mujeres, por ejemplo, el hecho de que se de una oportunidad a una mujer solo porque es una mujer hace que todo el mundo se cuestione el que esta esté donde esté.

Si los niños y las niñas son, en general, distintos biológica y evolutivamente ya desde el principio, ¿no es lógico pensar que estas diferencias afectarán más adelante a la hora de escoger? El hombre y la mujer no son simétricos o iguales, no son intercambiables, y el reconocer que existan diferencias de género no implica la discriminación por parte de uno hacia el otro.

Este reconocimiento no implica que las mujeres tengan que carecer de oportunidades que se les ofrecen a los hombres dentro del mercado laboral. Es más, nos puede servir para justificar ciertas políticas de protección de la mujer. Por ejemplo, si somos conscientes del hecho biológico de que las mujeres son las que tienen que dar a luz y amamantar a sus hijos, somos conscientes de la necesidad de medidas como las bajas por maternidad, las subvenciones para el cuidado de los hijos...

Además, son los hombres y las mujeres, y no el sexo masculino ni el femenino, quienes prosperan o sufren, y son estos los que están dotados de unos cerebros que les dan valores y una capacidad para tomar decisiones. Estas decisiones han de ser respetadas. La paridad de género como medida de justicia social impide en muchos casos que mujeres y hombres realicen el trabajo que más les guste, si las mujeres deciden ser maestras y no ingenieras, ¿por qué hemos de obligarlas a que realicen ambos trabajos?

Desde el punto de vista de la sociobiología, existen diferencias de sexo innegables y estas tienen un correlato biológico y no solo cultural. Estas no pueden ser utilizadas para justificar políticas discriminatorias pero tampoco se puede intimidar a las mujeres y hombres para que hagan algo que no quieren hacer. La igualdad de derechos y oportunidades es innegable, pero esta igualdad no implica igualdad de resultados. Hombres y mujeres, para bien o para mal, no son intercambiables.



VI.- Bibliografía

HARAWAY, Donna J., *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Ediciones Cátedra SA, 1995.

MOYES, Cristopher D., SCHULTE, Patricia M., *Principios de Fisiología Animal*, Madrid, Pearson Educación SA, 2007.

PINKER, Steven, *Cómo funciona la mente*, Barcelona, Ediciones Destino SA, 2001.

PINKER, Steven, *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica SA, 2003.

PINKER, Susan, *La paradoja sexual. De mujeres, hombres y la verdadera frontera de género*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica SA, 2009.

WILSON, Edward O., *Sobre la naturaleza humana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.